



ADMINISTRACION
Calle del Cerro número 97
Montevideo

SEMANARIO FESTIVO

AÑO I - TOMO I
24 DE AGOSTO DE 1890

Director: EUSTAQUIO PELLICER

Número 6

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

DANIEL MUÑOZ

(SANSON CARRASCO)



PRECIOS
DE
SUSCRICION

MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	\$ 5,00
Un año	\$ 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo.

Número corriente, 30 centésimos
» atrasado, 60

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Lector: diría de buena gana, que es de las plumas la mas galana, y la que escribe, formal y en broma, lo mas castizo de nuestro idioma,

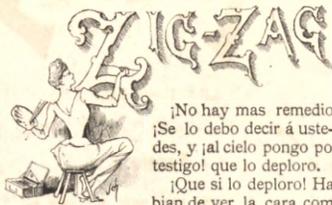
y de la prensa la que mas brilla aquende el rio y en la otra orilla, y que es el alma de su diario, un *pelotaris* extraordinario,

y otras mil cosas muy importantes que dán á este hombre notas brillantes; pero es persona bastante amiga... y está muy feo que yó lo diga.

SUMARIO

TEXTO.—Zig-Zag, por Eustaquio Pellicer.—Por seguir á un galgo (Capítulo II, por Samuel Milzen.—Inventario, por John Bull.—El escritor cómico, por M. M.—Un ruego, por A. Reyes.—Imprevisto, por R. Bueno.—Teatros, por Colón.—Custodios, por D. Duque.—Para ellas, por la Redacción.—Mendencias.—Correspondencia particular.—Espectáculos.—Avisos.

GRABADOS.—Daniel Muñoz (Sanzon Carrasco)—El servicio telefónico.—La huelga de los cocheros.—Y varios, intercalados en el texto y avisos, por Schütz.



¡No hay mas remedio!
¡Se lo debo decir á ustedes, y ¡al cielo pongo por testigo! lo lo deploro.

¡Que si lo deploro! Habian de ver la cara compungida que tengo desde que me puse frente de las cuartillas!

Siento que la boca se me rasga por la comisura, que la nariz se me aplasta enormemente por la punta, que los ojos se me ponen pequeños como los de un queso Gruyere y brillantes como los de un besugo, que todo mi cuerpo, en fin, pide llanto.

¡Ah! si al menos pudiera derramarle, lo haría un desahogo para mi amargura; pero lo malo es que no puedo romper á llorar y eso que lo he intentado por distintos medios.

Primero adopté los violentos y me introduje la lapicera por aquí. (Me estoy señalando el lagrimal derecho).

Despues me empecé á pellizcar en esta otra parte. (Apunto al párpado izquierdo).

Ultimamente me decidí por la provocacion mas natural, que es la del dolor, y me puse á pensar en la probable renuncia de Berro. ¡Nada!

Creo que he perdido ya hasta las lágrimas y no tendría nada de particular, porque hoy en Montevideo se pierde todo, menos el odio á los impuestos de alumbrado y salubridad.

Pero no divaguemos. He probado lo triste que estoy por tenerles que dar una mala noticia y llega el momento de darla.

Es el caso que... es decir, en vista de que... nó; como quiera que... ¡Caramba! Habiendo ocurrido que... ¡Al diablo con los preámbulos! Voy á irme derecho al asunto.

El papel, señores, ha llegado á una depreciacion tal, que ya no hay cosa en el mundo que valga menos que él, exceptuando el agua corriente, que es, como se sabe, lo mas inútil y despreciable que se conoce.

De tal modo desvalorizado, es imposible dar nada á cambio de él, así sea *Caras y Caretas*, que lo incluyo entre lo que vale poco.

Anuncié su publicacion ofreciendo recibir billetes del Banco Naecional en pago de él, á costa de un sacrificio, que no se me ocultaba, dado el precio que en aquel entonces tenía el oro y la cantidad grande de este metal que costaba la confeccion del periódico.

Me resignaba á cubrir gastos solamente; pero, de ahí, á poner dinero encima, hay la gran diferencia de no tener ese dinero, ni para ponerle encima, ni debajo, ni á los costados.

El cobro á papel que hicimos de la segunda quincena de Julio, nos ha demostrado que con la circulacion del *Times* de Londres, no alcanzaríamos todavía á sufragar los gastos de alimentacion, aunque tomáramos un abono con el contratista que dá de comer á

los guardias civiles, cobrando treinta centésimos diarios por cabeza.

¡Calculen ustedes, como ha de vivir un periódico que, como el nuestro, tira medio millon de ejemplares menos que el *Times*!

Quizá pudiéramos costear la impresion; pero, faltos de jugo gástrico, por no alcanzar la plata más que para aquella, se nos emborrian las ideas y no hablaríamos mas que de panecillos, de *consomé* y de arroz á la milanesa, en nuestros artículos.

Lo cual que sería muy aburrido para los lectores y se nos borrarían.

Ahora mismo, de seguro que no encontrarán chistoso nada de lo que aqui decimos, y es por que con tanta desgracia es difícilísimo encontrar una sin *des*.

Trata uno de ponerse un rato de buen humor, desparrama la vista por el cuarto en busca de una genialidad, se fija un poco en las paredes y el techo, viene á la memoria que aquellos muros tienen dos ó tres recibos pendientes de cobro y ¡al diantre con el buen humor! Ya no se piensa mas que en la muerte ó en hacer moneda falsa.

Con todo lo dicho queda explicado que la noticia que debía de dárles, es la de tener que cobrar á oro nuestras suscripciones, en lo sucesivo.

El procedimiento está ya adoptado por todas las personas que estiman en algo la salvacion de sus semejantes, y las que leen *Caras y Caretas* merecen ese concepto.

El Gobierno mismo, ha tenido que adoptarle, despues de ofrecer que cobraría todos sus impuestos á papel.

¡Eso sí! Haremos lo periódicamente posible para que no les parezca grande el desembolso.

Los dibujos serán preciosísimos, como los que se cobran en plata, y los chistes, agudos, como los que inspira la presencia del oro.

Sin haber cobrado el mes de Agosto y solo de pensar que no lo haremos ya á papel, parece que nos sentimos mas humoristas.

¿Será aprension?



El asunto mas importante de la semana, ha sido, sin duda alguna, la remocion de jefes militares.

La creencia general es que el Gobierno ha tomado esa medida en prevision de un movimiento revolucionario que barruntaba.

Pero como estas noticias son siempre un cebo para las imaginaciones calenturientas, andan por ahí muchas personas dando detalles de la revolucion, como si hubiera estallado.

—Cráme usted—me decia ayer don Rufino—que el motin se produjo; lo sé por un amigo muy sério que tiene un pariente militar, el cual pariente dicen que oía á pólvora la otra noche, al punto de no poderse estar á su lado.

—¡Pero, por eso se ha de creer que...?

—¡Claro que nó! Si fuera eso solo, lo hubiera tomado por un detalle de simple olfato; pero, aun me falta decirle que el citado militar, además de oler como un cohete quem-

do, entró en su casa con los ojos fuera de las órbitas y lo primero que hizo fué decir á su mujer.—Mira, Leandro, sácame los botines de elásticos, porque no quiero morirme sin estrenarlos.—Despues, se puso á arreglar papeles en su mesa de escritorio y dicen que los ordenó, haciendo un paquete de todo lo que pertenecía á su foja de servicios y otro paquete de los documentos agenos á la milicia, como pagarés, requerimientos del casero, pa-peletas de empuño, etc., etc.

—Francamente, no veo... .

—Espere V. hombre, no sea impaciente. Cuando hubo terminado esa tarea, salió precipitadamente de su casa, siempre con los ojos, como le dije que les tenía al entrar, y se dirigió al cuartel. A los pocos minutos volvió á salir y se metió en un café de mala apariencia, donde pidió una copa de ginebra con soda, que por más señas, quedó en pagar al otro día.

Luego salió de nuevo á la calle y conversó misteriosamente con uno que se sabe estuvo al servicio del General Campos, ese que se puso al frente de la revolucion en Buenos Aires. Despues, volvió á entrar en el cuartel, donde estuvo hasta las tres y quince minutos de la madrugada, hora en que le abandonó otra vez acompañado de un sargento, alto él y con una cicatriz que le dividía el labio de la parte de arriba. Tomaron por la Plaza Artola y siguieron por 18 de Julio hasta llegar á la esquina de Convencion, donde se detuvieron. El sargento se fué hácia el recobeco que forma la valla de una casa en construccion y allí se estuvo algunos momentos mirando muy de cerca á la pared, lo que impidió que se viese lo que hacia; despues, encendió un cigarro y se incorporó á su acompañante.

—¿Pero quién, diablo, seguía tan de cerca los pasos de ese hombre?

—Pues le diré á V.; el militar de que le hablo, tiene un sastré que no le deja ni á sol ni á sombra, por hacer efectiva una cuenta que tiene contra él y, precisamente esa noche, se habia propuesto no acostarse sin dar con el momento más oportuno para cobársela ó darle una paliza.

—¡Qué sastré de resolusion!

—Permítame que continúe. En cuanto el sargento se hubo incorporado al oficial, como le dije, tiraron... .

—¡Como! ¿Empezaron á tirar yá?

—No, hombre, tiraron por la Plaza Independencia, y una vez en ella, dieron dos ó tres vueltas por la vereda en que solian estacionarse los cocheros antes de declararse en huelga.

Hacia un frio intenso y el oficial llevaba el rostro oculto en el embozo de la capa. Sin embargo, por la manera de embozarse, se conocia que su espíritu estaba agitado y que algo infernal se fraguaba en su cerebro.

—¡Conocer es!

—De pronto, abandonaron á paso ligero la Plaza y se metieron por la calle de Andes.

—¡No ande V. mas, por Dios! Estoy fatigado como si fuera el sastré que seguía al oficial.

Y abandoné á don Rufino, sin atreverme á conocer hasta el fin la historia de la revolucion que, segun él, ha sofocado el Gobierno.

Podría citar muchos que me han explicado del mismo modo que don Rufino los últimos nombramientos de Jefes de Cuerpo y la renuncia del Ministro de la Guerra. Pero de todas las versiones que he recogido, la que me parece mas verosímil es esta, que of á un empleado público.

—El acuartelamiento no fué dispuesto por el Gobierno ni por nadie. Fué convenio espontáneo que hicieron los mismos

soldados, en vista de la depreciación grandísima del papel. ¿Qué querían ustedes que hicieran en la calle esos infelices, sin un cobre en el bolsillo?

Y tenían mucha razón. En la crisis actual, el acuartelamiento de militares y paisanos se impone.

Esto, tratándose solo de querer eludir la ocasión de gastar dinero, que si se trata de precaverse contra los acreedores, además del acuartelamiento, tendremos que adoptar el atrincheramiento!

Para cuando llegue ese caso, les recomiendo que no usen de contemplaciones.

¡Fuego contra ellos y nada de armisticios! El deudor valiente debe morir al pie del vate.

EUSTAQUIO PELLICER



(CONTINUACION)

CAPÍTULO II

Del cual resulta que el hombre misterioso no era tal hombre, sino mujer, y que el galgo no era tal galgo, sino galga.

Acababan de dar las doce de la noche en la Matriz.

La última campanada moría lúgubremente en el espacio, en una nota fatídica y queumbrosa.

Era la hora de los espectros y de las visiones; la hora temida por las conciencias malas y las imaginaciones enfermas; la hora que aprovechan los muertos, según la creencia popular, para salir de sus sepulcros. Las calles de la ciudad estaban desiertas.

Solo el diablo hubiera podido desafiar el violento huracán que en aquellos momentos se desencadenaba. El viento rugía como un hombre tortado á fuego lento, ó bien, cambiando de tono, parecía reír con la risa sarcástica que debe tener Satanás cuando se apodera de un alma manchada por el pecado!

Los escasos vigilantes trataban de dormir acurrucados en los huecos de las puertas mas hospitalarias.

A esa hora, y cuando mayor intensidad alcanzaba el huracán, un hombre, misteriosamente envuelto en un poncho, se deslizaba sigilosamente, pegado á las paredes y como huyendo de los faroles de gas, por la calle del Durazno.

Dobó por la de Rio Negro hacia el Sur, entró en la de Isla de Flores, oscura

como boca de lobo á esas horas, y allí aceleró el paso echando á correr.

A poco, dobó de nuevo hacia el mar, y en breve se encontró en el limite de la población, junto á las primeras rocas de la playa, contra las cuales se rompían en ese momento, con roncó fragor, las olas gigantescas impelidas por la tempestad.

El empujacho se detuvo otra vez. Echó una mirada recelosa á su alrededor.

Tranquilizado al notarse completamente solo, se dirigió rápidamente á un casucho de mal aspecto que avanzaba sus muros sobre el mar.



Al llegar á la puerta, dió tres silbidos que dominaron el rumor de las olas y del viento. Esperó breves instantes.

Una luz se dejó ver á través de las endijas, y una voz cascada preguntó desde adentro:

—¿Quién va?

El hombre misterioso puso los labios junto al agujero de la cerradura, y contestó:

—El galgo. Abrióse la puerta en silencio. El hombre entró, sin contestar al granido que á modo de saludo, le dirigió una vieja harapenta y desdentada, despues de armarle al rostro la luz vacilante de una vela de sebo.

El desconocido subió de dos en dos los peldaños de una estrecha y empinada escalera, que gimió sordamente bajo sus pasos.

Empujó una puerta y se encontró en un tugurio miserable, apenas alumbrado por un candil de aceite. Por las mal seguras ventanas, y por las grietas de los muros que amenazaban ruina, entraba el viento húmedo y frío del mar.

En el cuarto no habia otro mueblaje que una mesa coja, dos sillas desvencijadas y un miserable jergon en el suelo.

Sobre la mesa, una botella, un vaso y el candil. Sobre el jergon, una masa informe, algo así como una bestia hirsuta y reptante.

—Sin embargo... era un hombre. Un hombre que se irguió violentamente al entrar el recién venido, mostrando una faz livida y unos ojos cruels y traidores.

—¡Truenos y bombas!—exclamó con voz aguardentosa y acento amenazador.—¿Quién anda ahí?

El hombre llegado se acercó á la luz, y se dejó ver de cuerpo entero, desembozándose con un gesto rapido. El hombre del jergon se estremeció visiblemente.

—Aurora!—dijo con voz sorda, y se dejó caer de nuevo, pálido y desencajado, sobre su lecho miserable.

Al oír ese nombre de mujer, el recién llegado sonrió desdenosamente, y arrojando sobre la mesa su sombrero de feltro, dejó caer en libertad su abundante cabellera negra, y con un arrogante movimiento de cabeza, la arrojó sobre sus espaldas.

Era, en efecto, una mujer, pero una mujer de esa que solo puede imaginar la fantasia culerientada de los musulmanes, al soñar con las hús; que el Profeta les ha prometido; una mujer bellísima, soberbia, incitante, provocadora; tal como debió ser Eva cuando indujo á Adán á cometer el primer pecado.

El traje de hombre velaba con demasiada imperfección las aaduces curvas de su busto, y el ademán enérgico y resuelto no devirtuaba la belleza singular de un cutis albo como la nieve, de unos ojos negros como el sufrimiento, y de unos labios rojos como una granada madura.

El hombre del jergón, contemplaba á Aurora—(que así la llamaremos puesto que sabemos su nombre)— con expresión de profundo terror pintado en el rostro.

De rato en rato, se estremecía de piés á cabeza, como si fuera presa de la fiebre.

Palabras ininteligibles salían de sus labios. Sus ojos parecían querer saltar de las órbitas.

Por fin rompió el silencio. —¿Y Andrés?—se atrevió á preguntar el miserable.

—Tu hermano ha muerto!—contestó friamente Aurora, dirigiéndole una mirada fria como un puñal, que lo traspasó de parte á parte.

Ha muerto á mis manos. Lo que no tuviste el valor de hacer, tú, que eres hombre, lo he realizado yo, pobre y débil mujer.

¡Por fin, me he vengado! Una carcajada nerviosa, siguió á estas siniestras palabras.

El hombre del jergon se levantó pesadamente y se acercó á Aurora, con una espresion de ferocidad en la mirada.

—¡Rayos y bombas! ¿Es cierto lo que dices?—Tan cierto como que estoy aquí.

—¿Estás bien segura de que ha muerto?—Pregúntalo á este puñal enrojecido con su sangre! Y diciendo esto, Aurora sacó un cuchillo, delgado y elegante como un estileto y lo arrojó sobre la mesa.

Un rayo de alegría brilló en la siniestra mirada del hombre.

—¡Por los cuernos de Lucifer!—exclamó.—Te has apoderado entonces de los papeles?

—Bastante me ha costado encontrarlos, pero al fin di con ellos. Aquí los tengo.

—¡Truenos y centellas!... ¿Quiere decir que ya somos ricos? Una nueva y casi imperceptible sonrisa de desprecio asomó á los labios de Aurora.

—Miserable y cobarde!—murmuró en voz baja. El hombre, cada vez de mejor humor, sentóse junto

á la mesa, escanciando un vaso de vino, y despues de apurarlo de un solo trago, reanudó el diálogo en tono jocoso.



—¡Por lastripas del mismo Satanás!... ¡Ha sido un buen golpe!... ¿y los detalles? Aurora tomó asiento á su vez.

Fijó en el hombre su mirada intensa y fascinadora. Luego, comenzó el relato con su dulce voz que parecía una melodía de ángeles.

—La cosa no ha circuido dificultades. La puerta del conventillo queda abierta durante toda la noche.

Entré en el cuarto de Andrés cuando supuse á éste dormido, gracias á la llave que me facilitaste. Una vez dentro del cuarto, cerré la pneria y eché la llave, sin producir ruido alguno.

Me detuve á escuchar, conteniendo la respiracion. Espesas tinieblas me rodeaban. Por el silencio que reinaba comprendí que Andrés seguía durmiendo.

Acerquéme entonces á la cama. Saqué el cuchillo y calculé friamente donde debía herir.

Despues... Se oyó un grito ahogado... Andrés tenía mi puñal clavado en la garganta! Quiso gritar otra vez...

Lo amordacé, y en seguida, para asegurarme, herí de nuevo.

—¡Por la cola de Belcebú!—exclamó el hombre,—te admiro y te respeto!

—Continúa. Encendí luz, cuando estuve seguro de la muerte de Andrés, y comencé á buscar los papeles, pero sin éxito al principio.

Todo lo revolví, todo lo examiné escrupulosamente, pero, en vano.

Por fin, revisando el piso, llamé mi atencion una baldosa de diferente color que las demás.

Fácil me fué desprenderla del suelo, y vi que tapaba un hueco como de un pié cuadrado. Sentí un estremecimiento de inmensa alegría. Allí estaban los papeles!

Los saqué, pu e de nuevo la baldosa en su lugar y apagué la luz.

Eché entonces el cerrojo á la puerta, con el objeto de hacer creer que Andrés se había suicidado, y me preparé á saltar por un ventanillo que daba al patio.

Examiné si corría bien el pasador que lo aseguraba y vi que así era. Pasé apresurada del boton del pasador, y salté.

Una vez en el patio, cerré el ventanillo, conservando en la mano las dos extremidades del bramante.

Me bastó un tiron en seco, para que el pasador se corriera, asegurando por dentro la ventana.

Solté entonces una de las puntas del hilo, tiré de la otra, y lo saqué sin dificultad.

—¡Por las pezuñas de Luzbel! ¡Viboras y escorpiones! ¡Eso es admirable! ¿No ha quedado entonces rastro alguno?

—¡Si, quedó uno, que desbarata todas mis precauciones. ¡En la precipitación por salir del cuarto, me olvidé de desatar el pañuelo negro que habia puesto como mordaza á Andrés!

La suposicion de suicidio, es ya inadmisibile. —¡Voto á cien mil legiones de condenados! ¡Tienes razón!

—Hay algo más grave todavía. Mi galguita, Luz, se escapó de aquí cuando yo salí.

Me ha seguido durante toda la noche. Quise ahuyentarla, pero vanos fueron mis esfuerzos.

Hube de resignarme á su compañía. ¡No habrá llamado la atencion de los vigilantes, un hombre acompañado de un galgo á altas horas de la noche?

—¡Fuego y condenacion!—exclamó el hermano de don Andrés, con expresion de rabia en el acento, y dándó un puñetazo sobre la mesa, que derribó la botella y el vaso.



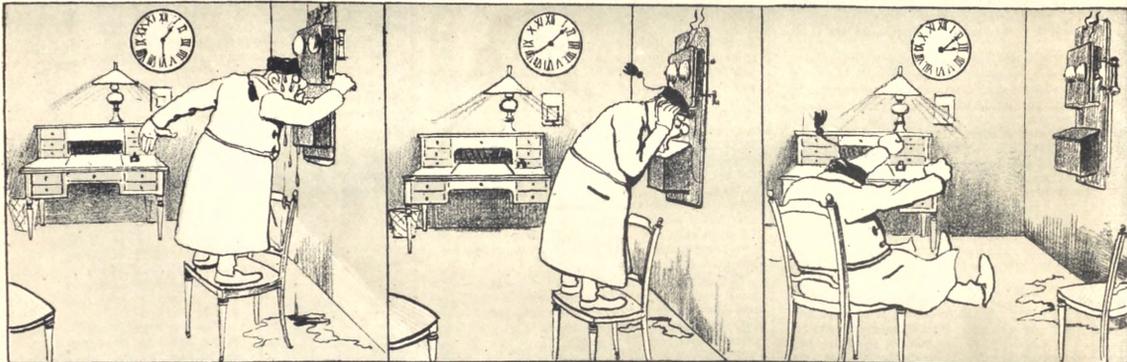
EL SERVICIO TELEFÓNICO



La otra noche se enfermó la esposa de don Lino Mateamargo, al extremo de necesitar con urgencia el auxilio de su médico.

Su esposo, en un momento de ofuscación, sin duda, pensó que el medio más rápido de llamar al doctor sería el teléfono.

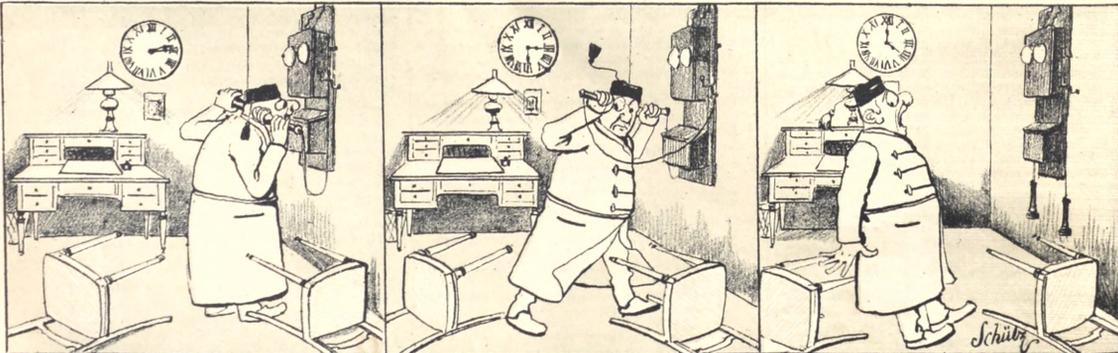
Y se fué en dirección al aparato, á cuyo manubrio se agarró, haciéndole girar velozmente.



A la hora y media de llamar, don Lino sudaba la gota gorda y la flaca.

Hasta que, al fin, le contestaron y pidió que le comunicasen con el doctor De Leon.

Después de otra hora y media, que don Lino pasó sentado por que le flaqueaban las piernas de tanto esperar á que sonase el timbre, sonó éste.



—¡Hablo con la casa del señor De Leon?— preguntó don Lino.
—Si, señor—le respondieron.

—Pues dígame que venga inmediatamente a ver á mi señora, que está otra vez con los pinchazos en el hígado.
—¡Pero V. sabe con quién está hablando!

—Con la casa de De Leon ¡no es esa!
—Si señor; pero este De Leon es el Ex-Ministro de la Guerra.

Schütz

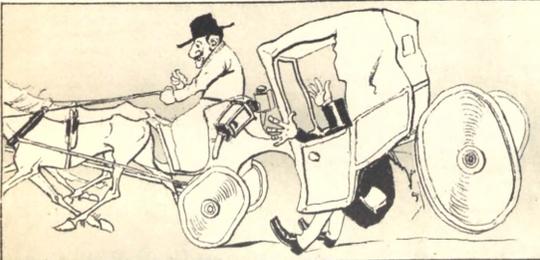
LA HUELGA DE LOS COCHEROS



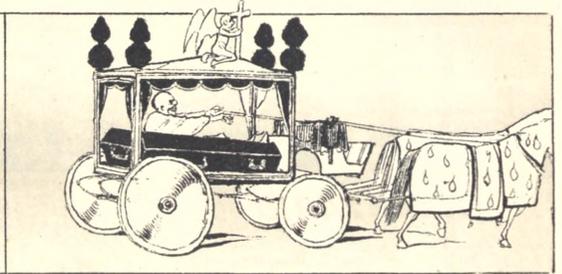
El día que se puso en vigencia la tarifa para los coches de plaza, se declararon en huelga los cocheros.



Solo se vieron por las calles algunos coches desvencijados, y con balcones, en lugar de ventanillas, pues les faltaban las portezuelas.



Algunos se desfondaban al solo peso de una persona.



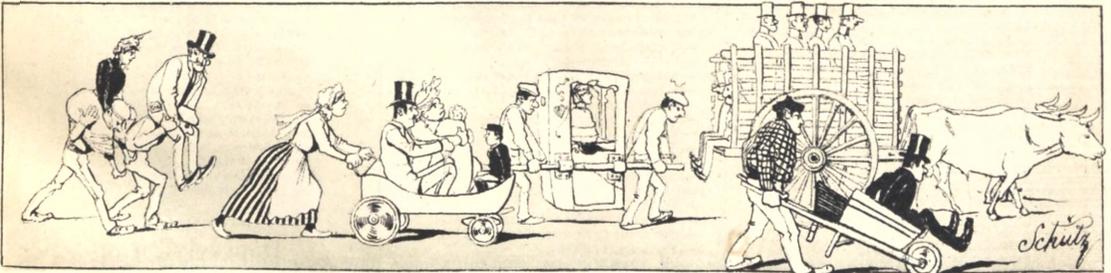
Un carro fúnebre, á falta de cochero, tuvo que hacer el viaje al Buceo, dirigido por el mismo cadáver que conducía.



Y una familia que precisó trasladarse en breve tiempo á las afueras de la ciudad, hizo tomar las riendas á la mucama.



La falta de coches, hace que los trenes se vean cuajados de pasajeros.



Pero si la huelga se prolonga mucho, los trenes no bastarán para conducir la gente, y veremos por las calles estos curiosos sistemas de locomoción á sangre.

Schütz



—¿Y Luz?
Aurora, contestó con voz ligeramente trémula:
—La he perdido hace un instante!
¡Al llegar aquí he notado que no me había se-
guido!

¡Si los que nos persiguen dan ahora con ella, esta-
mos perdidos!

¡Ella puede guiarlos hasta aquí!

Al oír esto, el hombre se puso intensamente pálido.

¿Quién era ese hombre?

¿Quién era esa mujer?

¿Quién había sido don Andrés?

¿Quién era la galga?

¿Qué interés contenían los papeles robados?

¿Cuál fue el móvil del crimen?

¿Qué casa era aquella?

¿Qué horrible misterio encerraba la vida de Aurora?

¿Qué se había hecho la perra?

Es lo que, con otras muchas cosas, sabrá el curioso
lector en el capítulo siguiente.

(Por Fernández y González, Ortega y Frias, An-
tonio de Pádua, Perez Escrich, y otros de la secta
de novelistas por entregas.)

SAMUEL BLIXEN

(Continuad.)



Un muchacho muy listo, llamado
Sancho Rizo Convido y Sin-pan,
Vivió un tiempo en un pueblo situado
Enfrente de España, contiguo á Indostán.
A su vida privada no canto
Porque nadie detalles me dió,
Solo se que nació el Jueves Santo
Del año setenta, que en Viernes cayó.
Una noche de Otoño, muy fría,
Fué á paseo con un tal Athós,
Y cogió tan atroz pulmonía
Que en una semana rindió su alma á Dios.
Su padrino, don Juan Rompedientes,
Reclamó en tan horrible ocasión,
Los diez mil cachivaches siguientes
Que fueron hallados en su habitación:
Una mesa que tiene tres patas,
Cuatro sillas del tiempo de Adán,
Y un armario que habitan las ratas
Muriéndose de hambre por falta de pan;
Una cómoda, que el bisabuelo
En herencia á su abuelo dejó,
Y una caja que guarda un pañuelo
Que fué de la esposa del Rey que rabió,
Un violín, que jamás fué perfecto,
Y una cama de estilo hamburgués,
Cuyas ropas según el aspecto
No vé lavanderas desde el año tres;
Treinta y cuatro paquetes de velas
Que el tunante á un amigo robó,
Y un atado que encierra tachuelas,
Recuerdo de ingleses á quienes clavó;
Dos botellas de Vino de Quina
Componentes de su botiquín,
Y un retrato de Santa Agustina
Jugando á las bochas con San Agustín;
Una pipa con agua bendita,
Y la cola de un perro rabón,
Encerradas en una cajita
Con un par de guantes que usó Napoleón,
Una aguja, catorce alfileres,
Dos pedazos de pan marselles,
Y una estatua preciosa de Ceres
Tomando una copa de vino francés.
Estos, y otros no relacionados
Por el pésimo estado en que están,
Constituyen los bienes dejados
Por don Sancho Rizo Convido y Sin-pan.

JOHN BULL

El escritor cómico

En fin, tanto me rogaron, tanto insistieron, tanto
porfilaron, tal cúmulo de observaciones descargaron
sobre mí, que accedí á que me presentaran en casa
de D. Ambrosio.

Hay gentes (de quien he de hablar á ustedes un
día que tenga ocasión) que parece no han traído más
misión al mundo que la de hacer cadena social, es decir,
la de estabonar unas personas á otras por medio
de las presentaciones.

Dos amigos ociosos se habían comprometido á lle-
varme á comer á casa de D. Ambrosio.

Según pude después colegir. D. Ambrosio y la se-
ñora de D. Ambrosio y las niñas casaderas de D. Am-
brosio, habían corrido la voz entre sus amigos y veci-
nos de que aquel día tenían á su mesa á comer al ce-
lebrado escritor cómico D. Juan del Poyo; así es que
entre invitados, familia, presentadores y presentado
nos sentaríamos á la mesa su docena de perso-
nas, llamando personas aun á los que menos mues-
tras daban de serlo.

La presentación fué para mí lo violenta que lo son
todas, y para aquellos señores motivo de curiosidad y
extrañeza; pude sorprender algunas frases que indi-
caban la impresión producida en algunos:

—Yo creía que era mas alto!

—Yo me lo figuraba de mas edad!

—¡A mí se me había metido en la cabeza que era
mas joven!

—Pues lo que es á la naturaleza no tiene mucho
que agradecerle!

La señora de la casa era la mas benévola para juz-
gar-me.

Me miraba y se sonreía como si viera en mi cara
escrito alguno de los artículos que entonces me dieron
á conocer. Me parecía que en su interior se decía
ella: «¿Cómo nos vamos á reir hoy con este hombre!»

Yo estaba atortolado, violento, aburrido, perplejo.
No sabía qué hacer, ni qué decir, ni á quien mirar.
Me encontraba fuera de mi elemento, de mi familia,
de mis amigos, y poco á poco se apoderaba de mí un
mal humor indefinible.

Al cabo la señora de la casa dió la voz de ¡sal se-
ñores, á la mesa!» y nos dirigimos al comedor.



Todos querían tenerme á su lado.

—Usted, D. Juan, aquí.

—No, Juanito, á mi lado.

—No señor, Juan debe ponerse donde le veamos
delos dos.

—Yo creo que me corresponde tenerle á mi dere-
cha, como señora de la casa.

—No haga V. caso, D. Juan, venga V. aquí.

—¡Juan!

—¡Juancito!!

—¡¡Juanet!!!

Ello es que me senté no sé donde, y que dió co-
mienzo la comida en medio de un silencio sepulcral.

El vecino de la derecha y mi vecina de la izquierda
me colmaban de agasajos.

—Esta aceitunilla.

—¡Vamos! ¡Esta rajita de salchichón! ¡Es muy
bueno! ¡Hoy venden unos salchichones!... Pero
éste....

—¡Mas vino, D. Juan, mas vino!...

—Parece que está V. triste...

—¿Yo? no señora, ¡no faltaba mas!

Y volvía á reinar el silencio. Todos me miraban.
Unos sonriendo, otros con curiosidad. Algunos
murmuraban en voz baja, de mí, sin duda alguna.

Al cabo se rompió el hielo por la pregunta de uno
de los novios de las chicas de D. Ambrosio.

—¿Y qué? ¿Se escribe mucho, amigo Juan?

—¡Psh!—contesté—¡para vivir!...

—¡Ah! ¡pero con gracia! Lo que es eso....

—D. Juan es hombre de mucha gracia....

—¿Quien? ¿Juanito? ¿Ya lo creó!

—¿Han visto ustedes su último artículo?

—Yo no!

—Ni yo!

—Ni yo!

—Pues tiene mucho salero. ¡Qué tipos! ¡Qué ocn-
rencias! ¡Qué chistes! ¡Qué vida!

—Señoras... por Dios... me avergüenzan VV!

—¿Y qué quiere decir VV, Consuelto?

—Que sé yo! Gausa, como dicen en Andalucía.

—Ya, vamos, comprendido!

—VV... los escritores, amigo Juan, estarán siempre
de buen humor!

—¡Al lado de VV, no habrá nadie triste!

—¡Siempre de bromal! ¡Siempre diciendo ocn-
rencias!

—Señora, á veces crea V. que no está la Magdale-
na para taletanas.

(Carcajada general).

—¡Ay! ¡Qué salero tiene! ¡Dice que no está siempre
para taletanas!

—¡Que chispa!

—¡Qué talento!

—Y vamos á ver. ¿Cómo se las componen VV. para
escribir? ¿Qué hacen?

—Pues, mire V., cogemos papel... y pluma....

—Ya, vamos, ya! Pero yo pregunto cómo sacan
VV. las ocurrencias.

—Quiere decir Lola que si copian VV. de algun
libro las ocurrencias.

—Según. Unos sí y otros no.

—¡Y! ¡Vamos, ya!

—¡Ah! ¡Ya, ya!

(Nuevo silencio.—Pausa.—A mis oídos llega esta
frase: «Pues yo, francamente, no le veo la chispa.»)

—Y ahora, Juan, ¿qué trae V. entre manos?

—¿Ahora? Un muslo de gallina asada; pero un po-
co dura.

Carcajada general.

—¡Ay! ¡Qué hombre estel!

—¡Que gracia tiene!

—¡Jesus, que chispa!

—Haga V. el favor de callarse, que voy á reventar
de risa, y me haré daño la comida.

¡Había yo dicho un chiste sin saberlo!

Como tras del C. rón vino el Jerez, y luego el anís
y no sé que otros menajes, las cabezas se trastor-
naron y al llegar al café (que por cierto sabía á perol
más que á Moka) todos se fijaban en mí, todos me ha-
blaban, las niñas de D. Ambrosio me echaban miradas
entre tiernas y melancólicas, la señora me daba codas-
zas para llamar mi atención, y los amigos y vecinos me
hacían consultas sobre mis opiniones, ó sobre mis
gustos literarios.

—Y V., por qué no se casa, Juan?

—Vamos, Juan, no seas Perezoso. Léenos algo.

—Eso, eso! ¡Que lea!

—O que recite alguna cosa.

—O que diga alguna gracia.

—Sí, hombre, sí.

—¡No se haga usted el chiquito!

—¡Qué modestia, ni qué calabazas!

—¡Vamos, háganos usted reir!

—Si no, ¿para qué ha venido usted?

No pude más.

—Me levanto con un pretexto
tan indispensable como poco fácil
de expresar, y cogiendo capa y
sombrero, gané la puerta y bajé
de cuatro en cuatro los escalo-
nes, huyendo de aquella gente
que me había obsequiado con el
único fin de que yo les divertiera.

No les guardo rencor, en honor de la verdad.

¡Son tantos los que creen que el escritor cómico
vive en alegría perpétua!

¡Ay! ¡Ojalá!



M. M.



Un ruego

Niña hechicera de esbelto talle
como la palma que allá en el valle
su alta cimera nunca abatíó,
de tez de nieve, nícar y rosa
y tan modesta pura y graciosa
como mi mente te concibió.
Aunque al oírte sientas enojos,
aunque las tintas de los sonrojos,
al escucharme tían tu faz,
aunque me hieras con tu despecho,
aunque gigante brote en tu pecho,
de ira y de rabia, chispa fugaz,
He de rogarte, bella Dolores,
ángel hermoso de mis amores,
grata esperanza, dicha, ilusión,
que no te pongas tan pronunciado
y tan torcido y almidonado
ese demonio de polisión.

A. REYES

Impreision

—Voy á la feria, Maruja.
—Tráeme unas ligas de seda

Parte el mozo, llega un carro y á la Maruja atropella, pasando por sus rodillas las claveteadas ruedas.

Cuando vé la niña al mozo que de la feria regresa, con lágrimas en los ojos le dice de esta manera:

—Si un poco adelanta el carro ó atrasa un poco la feria, al encargarte las ligas te encargo tambien las piernas.

R. BUENO



EATROS

Debido á una repentina indisposicion del cronista *Caliban*, me veo obligado á ocupar su puesto y los lectores á soportarme, aunque bien pueden consolarse, pensando que ya no me sufrirán mas.

Voy á hablarles á Vds. de teatros. Mucha atencion, pues, porque el tema es importante y nuevo.

Empiezo mi disertacion... escrita. Ya sabrán Vds. que tenemos en el Politeama un terceto de funciones extraordinarias y de gala.

Creo que no necesito explicar á Vds. lo que significa un extraordinario.

Bastará decirles que es algo así como si las acciones de la Compañía Nacional se pusieran á la par, ó como si el Senador Freire se declarase opositor al Gobierno.

En cuanto á las funciones de gala, creo que la definición mas exacta es esta:

«Son de aquellas funciones en que se toca el himno nacional y en que los espectadores están obligados á sacarse el sombrero... si lo tienen puesto.»

Hecho con doble explicación, agregaré que, en las tres funciones, cantarán respectivamente, el tenor Oxilia, el baritono Kaschmann, la Gini, la Condé y otros artistas de mérito.

En San Felipe los aficionados á la buena zarzuela tienen ocasión de llenar el gusto con la excelente compañía que allí trabaja.

Hay en esa compañía artistas de reconocido mérito. El repertorio es variado y selecto.

Así se explica el éxito con que ha trabajado y sigue trabajando esa compañía.

En el teatro Cibils se estrena la orquesta húngara, que viene precedida de fama universal, confirmada plenamente en los conciertos que ha dado en la ciudad vecina y en los dos que lleva dados aquí.

Y no hablo de otros centros de diversion, porque calculo que con los señalados, tienen ustedes cómo y donde elegir.

Y aquí termino la presente crónica, asegurando á ustedes que es la primera vez que me ocupo de teatros y de música.

Para ser primerizo, no lo he hecho mal del todo. Así lo creo, al menos.

Si ustedes creen otra cosa, háganme el favor de reservar su opinion.

Hasta nunca!

COLIBRI.



Cuéntalo

Parlero huésped de mansion dorada,
De nuestro amor testigo no esquivado,
Lirio de plumas, grano de oro alado,
Risuero trovador de lengua arpaye;
No importa que investigue tu mirada
Del amor el momento más buscado,
Ni que el beso escondido y regalado
Publiquen en tu música acordada.

Atiende, observa, escucha, sé indiscreto,
Haz que tu trino el timpano taladre,
Y cuanto has visto, canta noche y día.

Por nosotros no guardes el secreto,
Cuéntaselo á tu padre y á tu madre,
Y, si la tienes, cuéntalo á tu tia.

D. DUQUE

PARA ELLAS



Con este título vamos á publicar desde el número próximo, una breve, pero interesante revista de modas.

En ella hará Schütz de modisto, con la pluma, presentando los últimos figurines que se recibían de Paris.

Mad. Polissoné, seudónimo con que se firmará una inteligente colaboradora, cuyo concurso hemos adquirido para esta seccion especial, explicará en frase sencilla y en la elegante forma que les deberán confeccionarse los trajes representados en los figurines.

Como el título de la seccion lo indica, no se ocupará más que de las modas femeninas. A los hombres, es inútil estimularlos para que se hagan ropa á la moda, porque en seguida la empuñan.

La mejor seccion para ellos, seria una que indicase los establecimientos de crédito que dan dinero sobre sueldos.

Es cuanto tenemos que decir por hoy en esta seccion.

No dirán nuestras lectoras que somos indiferentes á la galantería que nos dispensan leyendo nuestro semanario.



ENUDENCIAS

Se anuncia que Mister Oliver, representante de la casa Baring Brothers, ha embarcado en el vapor *Herclius* con destino á este puerto.

Herclius fué un gran astrónomo inglés y puede que, á intento, haya elegido mister Oliver el vapor de ese nombre para aprender algo de astronomía y estudiar bien nuestros horizontes.

Solo falta que, por contagio, nos pase á nosotros sus aficiones astronómicas y nos deje mirando las estrellas.

Por de pronto, saludemos la llegada de Mister Oliver, con esta cancion:

Ni contigo ni sin tí,
mis males tienen remedio,
contigo, por lo que cobras,
sin tí, por que no hay dinero.

En la Plaza Constitucion se abrió anoche un establecimiento con el nombre de *Café Latino*. ¿Será una protesta contra el proyecto de Melian Lafauri?

Si lo es, mas propio sería llamar á ese establecimiento *Café Anti-melian-lafaurívico*.

Lo que no impediría que la infuscion del Moka tuviese olor de café y olor de santidad, que es lo que se proponen, por lo visto, los dueños del establecimiento.

Está sana y contenta Basilia porque toma infuscion de hierba-luisa, y está gorda y robusta Filomena porque toma infuscion de hierba-buena. Esto es prueba patente de que á veces, la hierba es conveniente.

En la semana próxima se pondrá á la venta *Cobre Viejo* coleccion de artículos de nuestro buen amigo y colaborador Samuel Blixén.

Con decir que para nosotros quisiéramos el talento que revela en *Cobre Viejo* su autor, está hecha nuestra recomendacion.

Cuanto á la parte tipográfica, puede servir de modelo en el arte. Es un nuevo título para la fama que gozan los talleres de Vazquez Cores, Dornaleche y Reyes.

Y á propósito de Blixén (que les ha parecido el segundo capítulo de *Por seguir á un galgo*) ¡Verdad que si no fuera hecho con tinta se le comerían!

Mañana cumple tres años de existencia el Banco Nacional.

¡Mala centella caiga sobre sus billetes!

Reñían en la oficina dos escribientes pelambres y el jefe, buena persona, procuraba apaciguarlos.

—¡Listé es un bruto de marca!
—¡Yo bruto! ¡Si aqui no hay nadie mas bruto que usted!

—Silencio!

gritó el jefe adelantándose.
—¡Tengan ustedes en cuenta, señores, que estoy delante!

Ya sabrán ustedes que Tamagoo no canta este año en Montevideo.

¡Ante ciertas desgracias, se comprende el suicidio!

Esta semana han entrado en turno de falsificación las libras esterlinas.

Ya era hora de que los falsificadores volvieran por su dignidad; por que eso de falsificar títulos de la Compañía Nacional y Billetes del Banco, francamente, era un deshonor para la industria.

Desde el día 1.º de Setiembre, las empresas de trenes, cobrarán á oro el precio de los pasajes.

La verdad es que cobrando, á papel, como hasta ahora lo han hecho, le salian muy baratos los descarrillamientos al pasajero.

¡Vamos en camino de reconciliarnos con las empresas de trenes!

Antolin Maturango, andaba estos dias muy preocupado buscando un cuarto bajo apropiado para instalar en él un almacén de quinacelería.

Por suerte, tropezó con un amigo que está siempre al corriente de esas cosas.

—Hombre, vienes como anillo al dedo. ¡Sabes algo de un bajo bueno?

—Ya lo creo.
—¿Cuántas piezas tienes?
—Caracoles!

—Caracoles, no; piezas. Lo necesito para almacén.

—¡Ah! ¡Yo creí que buscabas á Arimondi!

Llamamos á ustedes la atencion sobre la primera parte de nuestro *Zig-zag*. Les conviene mucho saber lo que en ella se dice.

Y á nosotros, cobrarlo.



M. C.—Colonia.—El jueves se remitieron los números pedidos. Por la cronica que aparece en esta, verá que las suscripciones de oro y las que se hagan en lo sucesivo se pagarán en moneda cristiana, ó sea en oro.

J. B.—Tray-Isentos—Se le anotó como suscriptor por el tiempo que ha pedido. Con su carta recibimos el dinero, es decir, esos papeles que han dado en decir que son dinero. Prepáre oro para otra vez.

F. R.—San Gregorio—Rebido su giro postal y cobrado, por mas señas, en prevision de una muerte repentina. Llamo su atencion sobre lo que le digo á M. C. de la Colonia.

R. y N.—Poronpos—Mandó los cinco números. Pida más, si quiere que se le adore en esta administracion.

M. C.—Paysandú—Se sirvió el pedido sin el primer número porque hay que reimprimirlo. Píjese en la clase de moneda que hemos pensado admitir. El papel ensucía mucho las manos.

P. S. M.—San Salvador—Le agregamos á la familia. Mas le prevego, señor, que si no me hace el favor de pagar como se advierte en la respuesta anterior, no me salva de la muerte ni el mismo San Salvador.

A.—Montevideo—Me tiene V. loco con su máquina de hacer labones. Quiere V. dearse de... «enlazar» Sábido—Montevideo—En el número próximo publicará un artículo. No le parece que se podía suprimir la delictosidad? Yo creo que sí.

Parlanchia—Montevideo—¿Dónde está el chiste! Me precio de tener buena vista, y le aseguro que, por más que le he mirado y remirado, hasta por los rincones del sobre, no le he visto. ¡Por Dios, esas cosas no se mandan!

Sancho Panza—Montevideo—«¿Quiéiera morirte por no sufrir, job, Encarnacion! tu desdeseo» Francamente, si ha de vivir V. para hacer estos versos, más vale que se lo lleve Dios de una vez.

ESPECTÁCULOS PARA HOY

NUOVO POLITEAMA.—(Compañía de ópera Italiana)—LIGIA DI LAMMERMOOR.—SAN FELIPE.—(Compañía de zarzuela española)—EL ANILLO DE HIERRO, LA GRAN VIA.—CIBILS.—Gran concierto por la ORQUESTA HUNGARA, bajo la direccion de Klas Jancsi.



JAIMÉ MAESO



URUGUAY 99

Su martillo ha demostrado que, de todos los que hay, es el más afortunado, pues con él ha rematado la mitad del Uruguay.

EL UNIVERSAL



25 de Mayo esquina Cámaras

Hace calzado á medida, á unos precios muy baratos, y es la casa preferida, por ser la mejor surtida en botines y zapatos.

BAZAR NACIONAL



SARANDI 347

Para hacer un buen regalo véte á Sienna sin dudar, porque Sienna, en su Bazar, nunca tuvo nada malo.

LA BODEGA



ZABALA 95

Si te dice un bebedor que en la casa de Orjuela no existe el vino mejor, le puedes decir, lector, que se lo cuente á su abuela.

AL FIGARO



Peluquería

18 DE JULIO NÚM. 5

Nadie á pelar le aventaja, y afeitado es tan artista, que al filo de su navaja no hay pelo que se resista.

LUIS A. CARRARO



Zabala 154

Llevó el martillo á Maeso, en campaña provechosa y no les digo otra cosa, porque es bastante con eso.

SUÑER Y CAPDEVILA



Uruguay 178

Es un médico especial, de quien diría cualquiera que ha encontrado la manera de hacer al hombre inmortal.

FITZ-PATRICK



Fotografía Inglesa

Rincon 178

Fotografía especial, en que se copia á la gente, tan perfectamente, que parece natural.

FRANCISCA CAMPOS



Misiones 118

Enseña el piano tan bien y la música tan pronto, que en tres meses almas tonto, le convierte en Rubinstein.

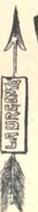
LA CASA DE VINOS Y EL CAFÉ LATINO



DE RICCI, BERNARDEZ Y C.

Calle Ituzaingó núms. 165 á 169
(PLAZA CONSTITUCION)

LA URGENTE



Empresa de Encomiendas

CERRITO 307

La Empresa que te presento te ruego, lector, que atiendas, porque hace las encomiendas con la rapidez del viento.

COCHERÍA MODELO



Convencion 287

Con poco que quiera usted, desalojar el bolshio, se dá facilmente el brillo de no caminar á pié.

BRILLANTE SOL



25 de Mayo 290

Reflejan con tanto brío, y lanzan tan buena luz, que trastornan el sentido, como dijo un andaluz.

EDUARDO ZORRILLA Y CA



Ibicuy 257

Remata indistintamente, todo lo que el gremio abraza, pero muy especialmente, los animales de raza.

GUITARRERÍA ESPAÑOLA



Rincon 286

Las hago tan españolas, y con tan buenas maderas, que acompañan ellas solas para cantar poterosas.

CERVECERÍA DE NIDING



Asuncion (Aguada)

Me comprometo á probar que mejor que esta cerveza no la ha tomado Su Alteza, el Principe de Bismar.

TUPI-NAMBA



Buenos Aires frente á Solís

Nunca djerir podrá con facilidad usted, sino toma del café, que sirve el Tupi-Namba.

PRINCE E HILL



Dentistas Norte-americanos

CÁMARAS 163

Gracias á los especiales estudios de Prince é Hill, pueden comer mas de mil, con sus dientes naturales.

EL REVOLTITO



Bacacay 7

Se pueden lograr tres fines en esta casa, lector: beber bien, fumar mejor, y ilustrarse los botines.